

La cultura y la sociedad en la vieja Europa

Dr. Wolfgang Benz

Cuando hablo de cultura y sociedad en la vieja Europa, lo hago en un sentido muy distinto al que el presidente norteamericano, malintencionadamente, quiso dar al señalar que la mayoría de los europeos no quisieron seguirle en su guerra contra Irak. Con esto quería decir que Europa no entiende la época actual ni reconoce el paso del tiempo. Seguramente volveremos a hablar de esto en el transcurso de este simposio.

Cuando hablo de la vieja Europa, me refiero más bien a la Europa de antes de la Primera Guerra Mundial, pues el siglo XX, con todos sus problemas, no podría entenderse sin echar una mirada a esa Europa que fungió como antecedente de la guerra de 1914-1918. Esta guerra significó, como se sabe, un punto de inflexión profundo comparado con todos los acontecimientos históricos similares que habían ocurrido antes, pues éstos abarcaron solamente regiones o continentes de manera aislada y por separado. Pero además porque con ella finalizó la hegemonía de la vieja Europa sobre el mundo. Me refiero a esa Europa que había conseguido unir los intereses de los Estados individuales en un sistema fuerte, fundamentado en valores y en una identidad cultural común.

Al final del siglo XIX, en efecto, este sistema de poderes perdió su equilibrio debido al surgimiento de diversos conflictos que llevaron finalmente a la crisis que desembocó en la guerra. Básicamente se trataba de la aspiración de países que hasta ese momento habían tenido un papel secundario y subordinado en ese sistema de poderes. Me refiero a Alemania y Rusia.

El asesinato, en 1914, del sucesor austriaco al trono en Sarajevo, sólo fue el detonante necesario para que los dirigentes nacionales de los países europeos hicieran estallar la guerra, pues ellos la habían deseado y esperado.

De este modo, sin que las partes comprometidas se dieran cuenta, había empezado una nueva era, caracterizada por el militarismo y la creencia en que los anhelos nacionales podían imponerse a través de la fuerza de las armas. El militarismo se convirtió en una actitud mental que tomó posesión en la sociedad burguesa, introduciéndose hasta en los colegios. Acaso había presentado esto el ministro británico del exterior, cuando dijo su famosa frase según la cual “en Europa se están apagando las luces”.

La Primera Guerra Mundial, con diez millones de muertos y veinte millones de heridos, fue en términos económicos y militares una guerra sin precedentes en la historia. Fue el preludio de lo que, a partir de ese momento, sería un siglo de violencia y destrucción. Todas las guerras posteriores, si bien fueron llevadas a cabo como lucha de ideologías, tuvieron su origen en la Primera Guerra Mundial o en sus consecuencias.

El siglo XX también se caracterizó por el genocidio y por las expulsiones masivas de poblaciones, designadas actualmente con una expresión moderna: limpiezas étnicas, que sólo disimula el hecho bárbaro del exterminio y la destrucción. El primer genocidio aconteció precisamente mientras se luchaba en la Primera Guerra Mundial y ante los ojos del mundo: más de 1,5 millones de armenios, la minoría cristiana que vivía en Turquía, fue deportada y asesinada por los turcos bajo el pretexto de la modernización del imperio otomano. Y esta práctica llegó a su máxima expresión con el holocausto de seis millones de personas llevado cabo por el régimen nacionalsocialista que gobernaba Alemania. Bajo la ideología del nacionalsocialismo y su doctrina racista, los judíos fueron perseguidos y asesinados, como una minoría definida religiosa, cultural y étnicamente.

Y si bien fue en ese periodo que esta forma extrema de violencia alcanzó su mayor saña, esto no quiere decir que los genocidios llevados a cabo contra inocentes no hayan vuelto a ocurrir después. Cabe destacar además que suelen ser cometidos con el conocimiento de la comunidad internacional. Así, durante la guerra del Vietnam, en Camboya la gente fue exterminada en nombre de una ideología. Después, ya a fines del siglo, en los Balcanes se produjo la reaparición de sentimientos de odio nacionalistas, religiosos y racistas que tenían larga data, y que llevaron a los croatas a luchar contra serbios y musulmanes, bañando en sangre a Yugoslavia y ofreciendo un espectáculo de barbarie arcaica en plena Europa. Finalmente, hace unos cuantos años en Ruanda se victimó a cerca de un millón de personas, mientras que en Sudán los genocidios se producen a diario.

Esta relación permite dimensionar mejor la herencia nefasta que recibimos del siglo XX, así como hace ver la necesidad de considerarla con precisión para comprenderla adecuadamente. Pues la realidad actual del mundo es una consecuencia de los desarrollos políticos y sociales que se dieron en el siglo XX, y entre ellos el papel de primera importancia que ha desempeñado Europa,

sobre todo en la primera mitad de siglo. La tarea de entender la época actual que tienen los historiadores debe, por eso, partir de esa herencia, pues sólo de este modo se podrá asumir adecuadamente el futuro. Esto también se puede formular pretenciosamente con la conocida frase según la cual “el que no conoce la historia, está condenado a repetir los errores del pasado”. La historia nos ayuda también en la búsqueda de identidad en las nuevas situaciones de la época actual.

El siglo XX es, entonces, el siglo de la violencia y de las ideologías. Un siglo en el que Europa llegó a afirmar su identidad y su significado, pero sólo después de dos guerras globales devastadoras. Un siglo que trajo consigo el comunismo y el fascismo, dos conceptos de orden contrapuestos pero igualmente criminales. Un siglo en el que Europa fue dividida en dos bloques de poder confrontados durante casi cincuenta años y bajo la amenaza permanente de una tercera guerra mundial. Pero también es parte de la herencia la Europa que, contra toda esperanza y probabilidad, se unió nuevamente, de tal modo que incluso podría ser un ejemplo, un modelo para otras regiones, como Latinoamérica.

También se debe considerar como parte de esta herencia la ascensión de nuevas potencias al orden mundial, los Estados Unidos y la Unión Soviética, de cuya confrontación por la hegemonía se ha desembocado ahora a la realidad de la existencia de una única gran potencia, los Estados Unidos. Esta nueva situación se caracteriza por la decadencia de las ideologías políticas y la consolidación del capitalismo como filosofía dominante, o, dicho brevemente por medio de un eslogan, por la globalización. Pero para entender plenamente todas estas consecuencias, deben ser tomados en cuenta algunos aspectos importantes de la historia de Europa al inicio del siglo XX.

Con la Primera Guerra Mundial llega a su fin la era burguesa que había empezado con la Revolución Francesa. Los ideales de la Revolución Francesa y la Ilustración: libertad, igualdad y fraternidad, así como la tolerancia y la creencia en la razón, determinaron, en efecto, a la sociedad y la cultura europeas hasta 1914. El racionalismo fue en el siglo XIX la fuente filosófica de la que se nutrieron tanto el liberalismo, con las ideas emancipatorias e igualitarias de la burguesía en ascenso, como también el movimiento de los trabajadores.

Si bien las elites tradicionales, la nobleza y la Iglesia, venían perdiendo influencia y poder en la sociedad burguesa desde hacía tiempo, lo hicieron de forma más resuelta al adquirir la mayoría de los Estados europeos occidentales la forma constitucional, garantizándose los derechos de los ciudadanos y regulándose la relación entre autoridad y sociedad civil. Algunos países, como Gran Bretaña, ya habían adaptado hace tiempo este sistema de gobierno parlamentario. Y la otra potencia importante del continente europeo, Francia, se modernizó paulatinamente, primero en el periodo de la restauración y el neobonapartismo constitucional, y luego y ya definitivamente en 1871, durante la Tercera República. Paralelamente, Alemania encontró su camino hacia la unidad nacional y la consecución de un Estado Nacional constituyéndose como un imperio que pretendía ser la competencia de Gran Bretaña y Francia, es decir, convertirse en potencia mundial.

Por su parte, Europa del Este estaba dominada por la más grande de las naciones del continente, Rusia, que permaneció hasta la Primera Guerra Mundial en un nivel más bajo de desarrollo en todos los sentidos. En Rusia no se conoció la tradición de la Ilustración y en vez de ello el Zar gobernaba como autócrata, reprimiendo todas las manifestaciones en contra de su gobierno absolutista que, al tiempo que se apoyaba en una elite de terratenientes nobles y un clero de baja educación, privaba de sus derechos y explotaba a los campesinos y la pequeña burguesía. La sociedad rusa se quedó en un estado arcaico.

De este modo, la inevitable influencia que ejercía Rusia y el régimen zarista sobre Europa central tuvo un carácter negativo por sus rasgos antidemocráticos y antiparlamentarios. Pese a su debilidad militar y económica, el país pudo desarrollar una misión de carácter antioccidental, en la medida en que transmitía valores antilustración. Moscú se declaró la “tercera Roma”, como heredera del imperio bizantino.

Al mismo tiempo, y con la pretensión de renovar Europa, Rusia se autodeclaró potencia protectora de todos los pueblos eslavos, propagando la idea de la unión de éstos bajo su liderazgo. Como consecuencia de todo esto, poco antes de la Primera Guerra Mundial Rusia se encontraba en una situación crítica: era una sociedad de grandes contrastes y tensiones manejada por fuerzas oscuras e intolerantes contra las expresiones religiosas no ortodoxas e incluso caracterizado por actitudes antisemitas. Las diferencias de clase y los grandes contrastes existentes entre ricos y pobres desencadenaron un potencial revolucionario que no fue posible dominar ni mediante las modestas reformas que se implementaron ni con los intentos iniciales dirigidos a la democratización por medio de una parlamentarización y una constitución impuestas desde arriba. De manera que la revolución finalmente estalló, precisamente en plena guerra.

En contraste con esto, en la parte occidental del continente la Gran Bretaña victoriana (1837-1901) fue la sociedad más avanzada y vivió un periodo de esplendor tanto en un sentido económico como social y político. La industrialización estaba altamente desarrollada, y su flota marítima y las colonias garantizaban un dominio comercial sobre el mundo. Políticamente, el liberalismo había terminado por imponerse en la economía y la política, permitiendo un sistema de gobierno parlamentario y con libertad de opinión. Así el país se constituyó en la democracia ejemplar.

Visto en conjunto, el derrotero seguido por Europa, tanto económica como socialmente, fue el que señalaban las leyes del liberalismo y el capitalismo. Y esto llevó inevitablemente a profundizar las grandes diferencias existentes entre muchos pobres y pocos ricos. Así que fue comprensible que la llamada “cuestión social” comenzara también a dominar Europa en el tercer tercio del siglo XIX. Para solucionarla, sin poner en cuestión la economía de mercado capitalista y con el interés de mantener las estructuras burguesas, se iniciaron reformas destinadas a mejorar la situación social y la seguridad económica de la clase trabajadora, otorgándole al mismo tiempo un mínimo de participación política. El resultado fue una cierta mejora de las condiciones sociales y económicas de los trabajadores, expresada en mayor seguridad

económica, tiempo de descanso y acceso a salud, lo que se tradujo en una mejora de la calidad de vida. Esto realmente se pudo constatar en la mayoría de los Estados industriales de Europa, mientras que en el caso de las naciones marcadamente agrarias, como Irlanda o el sur de Italia, la solución sustitutiva a la cuestión social fue la emigración hacia ultramar.

Pero además de este proceso de reformas en sentido democrático, surgió al final del siglo XIX en el movimiento de los trabajadores otra opción para solucionar la cuestión social, patrocinada por partidos y sindicatos y de carácter marcadamente revolucionario, que ganó fuerza durante la Primera Guerra Mundial y consiguió tomar el poder en Rusia. Así, el comunismo se convirtió en una ideología mundial que durante el siglo XX pretendió dominio universal.

Desde un punto de vista sociológico, la burguesía de esta época se presentó bajo dos formas: por un lado, la burguesía económica, conformada por fabricantes, empresarios y grandes comerciantes, que con sus latifundios, sus palacios y sus residencias urbanas pretendían imitar a la nobleza. Y por el otro, la burguesía culta, que en las sociedades europeas se constituyó en una clase intelectual culturalmente elevada, caracterizada por el canon de bienes culturales humanistas que era válido en todos los países de Europa y que utilizaba como lengua franca los idiomas francés y alemán.

En cuanto a la actitud que tomó esta Europa finisecular ante el resto del mundo, se la puede caracterizar como de carácter imperialista en nombre de la nación. Al principio, en la primera mitad del siglo XIX, el nacionalismo había sido una idea integradora de las naciones y de los Estados individuales, impregnada además de una orientación cosmopolita, pero, con el transcurso del siglo, la posesión de las colonias transformó esta idea original y la trastocó por el imperialismo.

A la cabeza de este proceso estaba Gran Bretaña, cuyo imperio estaba entonces en la cúspide, seguida por Francia y naciones más pequeñas como Bélgica, los Países Bajos, España y Portugal. En cuanto a Alemania, después de su unión nacional, se agregó a las potencias coloniales en la tarea de la conquista de espacios geográficos. Así, las colonias sirvieron como fuentes de materia prima, de mercados pero también como objetos de transmisión de la mentalidad europea, de su civilización, cultura e idea de progreso, sin considerar las necesidades de las sociedades autóctonas africanas y asiáticas. Todo esto fue posible porque la cultura europea era considerada, sin lugar a dudas, como la forma ideal para organizar y civilizar a las poblaciones nuevas.



Todo este complejo mundo se vino abajo con la Primera Guerra Mundial. No solamente empezó la era de las masas, sino que también se desencadenó una época de violencia ilimitada. El siglo XX se caracteriza así por una serie de catástrofes históricas, dos guerras mundiales, la caída del antiguo orden de los Estados y el desmoronamiento del mundo burgués. Fue el siglo de los genocidios y de las ideologías que provocaron matanzas, de un progreso técnico sin límites y de la pérdida de hegemonía europea en el mundo.

Dos acontecimientos dieron a la Primera Guerra Mundial dimensiones políticas mundiales. La entrada al conflicto de los Estados Unidos, al lado de las fuerzas aliadas, y la revolución bolchevique, que en octubre de 1917 hizo sucumbir el reinado de los zares. El primero de estos hechos estuvo unido a la visión del establecimiento de un nuevo orden mundial, y fue propugnado por el presidente norteamericano Wilson. Consistió básicamente en hacer un esfuerzo para garantizar el derecho a la autodeterminación de los pueblos y conformar un tribunal internacional de defensa de las naciones encargado de solucionar los conflictos venideros y evitar las guerras.

El sistema establecido después de las guerras napoleónicas por los Estados europeos, por el cual las grandes potencias ejercieron hegemonía sobre las naciones más pequeñas mediante alianzas, a través de las cuales se había buscado seguridad, tendría que ser reemplazado por un nuevo orden, sintetizado en la creación de la Sociedad de las Naciones.

Sin embargo, esta propuesta no alcanzó el éxito que se esperaba. A la Primera Guerra Mundial no le siguió la paz, porque los vencedores confiaron más en los viejos conceptos que en los nuevos. Concretamente, Francia y Gran Bretaña se opusieron a retirarse del viejo orden, a pesar de que éste había contribuido en gran manera a que se produjera la catástrofe.

Los tratados de paz de 1919–1920 produjeron como resultado el surgimiento de nuevos Estados en Europa, la liberación de Polonia y los Estados Bálticos de la hegemonía de Rusia y dieron impulso a los movimientos nacionales de los pequeños pueblos del sudeste de Europa. A pesar de ello, no aseguraron la paz, pues las demandas de revisiones en Europa central persistieron, sobre todo en Alemania, Austria y Hungría, y este hecho más bien se constituyó en caldo de cultivo para movimientos nacionalistas de los pueblos de estas regiones, que luego terminaron por conformar los programas políticos y las ideologías fascistas.

Estas condiciones, y el hecho de que los Estados Unidos se aislaron, al no tomar parte en el sistema de la Sociedad de las Naciones (a pesar de haber sido ésta una idea norteamericana), hicieron que el nuevo orden propuesto naciera condenado al fracaso. Pero lo estaba además y sobre todo porque Alemania no fue incluida en el sistema y la Rusia revolucionaria, bajo su nueva forma política, la naciente Unión Soviética, fue aislada y confinada fuera de Europa.

En este segundo caso, el intento de ahogar a la revolución soviética también resultó fallido, pues la Unión Soviética había nacido para permanecer durante siete décadas que marcaron el siglo con el miedo de la diseminación de la re-

volución en Europa y el mundo occidental. Y es que la revolución de Lenin había puesto en el centro de la discusión de una forma radical la cuestión social. La liberación del proletariado en Rusia nació como reivindicación mesiánica, impuesta con violencia por los seguidores de Lenin no solamente en Rusia, sino también en los países vecinos, mezclando de esta forma el impulso tradicional de expansión de Rusia con las nuevas ambiciones de hegemonía soviética. La ideología comunista se desarrolló así como una estrategia política imperialista, no limitada sólo a un territorio, sino de pretensiones universales, en franca contraposición con la democracia parlamentaria de orientación capitalista, como la que propagaban los Estados Unidos y las grandes potencias europeas occidentales.

Por su lado, en Alemania el experimento de implantación de la democracia fracasó de manera dramática después de 1918, al punto de ser considerada como un sistema político impuesto por los vencedores. Como reacción, una parte de las elites políticas trató de restaurar el Estado autoritario derribado al final de la Primera Guerra Mundial en la revolución, mientras el grueso del pueblo, los desclasados, decepcionados y desarraigados, buscaron la felicidad y el bienestar de una manera revolucionaria en un nuevo nacionalismo racista.

El movimiento fascista de Benito Mussolini en Italia se convirtió en el modelo a seguir, y Adolfo Hitler se transformó en el líder requerido por las masas de una Alemania que se sentía desalentada como nación, por tener la obligación de asumir las pérdidas de territorio y las condiciones abrumadoras del tratado de paz, al tiempo que era sacudida por una fuerte crisis económica y social. Si a ello se agregó la crisis económica mundial sucedida al final de los años veinte, se puede entender el escenario favorable que propició la subida al poder del nacionalsocialismo.

Cuando Hitler fue nombrado Canciller en 1933, estaba claro que su plan incluía llevar al país a una segunda confrontación internacional de gran escala, una nueva guerra mundial, incluso bajo la forma de una guerra de exterminio y conquista, como señal de la ideología expansionista y de la voluntad de efectuar un segundo intento de fuera para convertirse en potencia mundial.

La Segunda Guerra Mundial fue llevada a cabo como una lucha ideológica tanto contra el comunismo como contra las democracias occidentales. La alianza estratégica establecida por éstas con el comunismo de Stalin obligó a los agresores nazistas a establecer, por su lado, una alianza con Italia y Japón. Pero con la derrota de los alemanes y sus aliados en la Segunda Guerra Mundial, empezó también la división de Europa y la división del mundo, en democracias occidentales, por un lado, y regímenes comunistas orientales, por el otro. Esta línea divisoria fue tanto más dramática para Alemania por cuanto pasó por la mitad de su territorio. A la Segunda Guerra Mundial le siguió la Guerra Fría, la cual perduro hasta la caída de la Unión Soviética al final del siglo.

Éste es un conciso esbozo del desarrollo de la sociedad burguesa antes de la Primera Guerra Mundial, de la catástrofe sucedida en su transcurso y de las otras tragedias producidas a lo largo del siglo XX. Pero hablaremos de ellas en los siguientes debates de nuestro simposio.